

EN PICOS DE EUROPA

Por EMILIO GUINEA



VAMOS a entrar en la Campa de Liordes. Abajo ha quedado el pueblo de Posada de Valdeón. Ahora se trata de atravesar el sedo de Liordes. Es un paso malo, pero no difícil. Los dedos se hunden en las grietas de la llambria para que los brazos

mantengan el cuerpo sobre el vacío. Un ligero balanceo, seguido de una flexión rápida, y ya está. Ahora, los pies se afirman sólidos en la dura roca. El estrecho sendero que zigzaguea penosamente por el peñascal está poblado de diminutas flores blancas y amarillas. Mediado el mes de agosto, mientras sus compañeras se retuercen secas en la llanura, estas flores privilegiadas de alta montaña pueden abrirse confiadas sin temer la lumbre del fuego celeste.

Culminando el sendero en el Collado de Remoña (2.010 metros s. m.) se despliega ante los ojos atónitos el macizo central de Picos de Europa. Antes de mirar al suelo, para ver sus flores silvestres, miramos arriba con una emoción muda. Picos, torres, tiros, collados, horcadas, todo tallado en una roca gris ligeramente amarillenta, como patinada. Es la dolomita ciclópea. El bloque de piedra modelado por el agua, el viento y el sol. Sombras y luces, aristas y planos, se elevan en una algarabía de puntas que fascina la vista.

Así entramos por primera vez en el colosal macizo montañoso. Buscábamos las flores que se cobijan en sus rendijas, pero antes hubimos de escuchar atentos esta lección magnífica de la piedra esculpida. Calidades y sensaciones que desconoce la llanura. Las buscamos codiciosamente, como el amoroso busca a su amada, como el místico puede buscar su religión, como la cría busca a su madre.

La vida es penosa y necesita de remansos. Este es uno de ellos. El ruido de lo vulgar cesa en estas alturas. Estamos en un palacio inmenso y solitario que no necesita de escaleras de mármol ni de tapicería. Su adorno seleccionado: las flores de montaña.

La mano del hombre no ha intervenido aquí para nada. Todo es de una belleza sobrehumana. Sólo sabemos que en el devenir del tiempo se ha ido formando este conjunto cuajado de problemas y... la curiosidad del hombre queda cautiva en el delicioso afán de sondear su misterio y hacer luz en su negrura.

Y de este conjunto inimitable lo que más nos atrae son sus flores.

No nos guía la belleza de su forma. El hombre cultiva en sus jardines flores infinitamente más bellas. Tampoco su modesto colorido. En los museos hay flores de colores mucho más brillantes. No es la utilidad nutritiva, medicinal o industrial, ¡graciosas flores de alta montaña!, el móvil que nos lleva hacia vosotras, sutiles, delicadas, misteriosas y tímidas.

Carecemos de razones para explicar nuestra actitud y al propio tiempo podemos esgrimir todas las razones para justificarnos. Como en el amor humano, podemos contestar: porque sí.

Por el vivo placer de contemplarlos. Por la acuciante necesidad de conocerlos, de saber cómo es vuestra vida.

Nos llamó la atención la energía que hay en vuestra delicadeza, La gracia que oculta vuestra fuerza. La elegancia con que traducís la tragedia que encierra todo lo viviente.

Vuestra lección nos ha parecido magistral y trascendental al mismo tiempo. Sabéis esperar y ser oportunas. Sabéis sufrir y vuestro dolor no se trueca en luto.

El dolor de vivir de la criatura vegetal cuaja en un acorde, en un color, en una forma divinamente maravillosos: la flor.

Hundís vuestra raíz en la tierra negra y húmeda y levantáis al aire la flámula multicolor y tenue de vuestra alegría.

Sabemos cómo habéis nacido. El choque violento y sin sentido de la lluvia fría en la roca áspera necesitó del beso caliente de la luz para que su desnudez se cubriera de follaje alegre.

Sabemos de dónde venís. Unas, las menos, sois de aquí. Aquí os formasteis y nunca habéis salido de estas montañas. Otras habéis venido de lejos, de muy lejos. Sabéis viajar. Aparecisteis en el Pirineo, en Sierra Nevada, en los Alpes... Tal vez más lejos aún.

Despreciasteis la llanura y la convivencia con vuestras compañeras vulgares, las que florecen en los campos labrados, en los senderos trillados, en el perímetro de los recintos humanos. Vuestros gérmenes caídos en el llano se resignaron a la muerte prematura antes que compartir una vida vulgar, sin heroísmo.

Estabais hechas a la lucha tensa y peligrosa, a la ventisca y al hielo, a la niebla y la nieve. Vuestro fino temple de la más pura energía no se resignó a la vida holgada y blanda de las bajuras y preferisteis sucumbir.

Los gérmenes felices que salvaron las enormes distancias de cumbre a cumbre manifestaron su alegría abriendo sus flores en el aire puro de alta montaña.

Vuestra actitud valiente ante la vida hostil despertó en nuestra conciencia la chispa de la fe. Cuando empezamos a dejar de ser niños, os descubrimos por primera vez en el Peñascal, y vuestra presencia nos hizo el efecto de un licor fuerte que se subiera a la cabeza. Como si hubiéramos visto los ojos claros de una muchacha hermosa.

Volvimos a la ciudad felices y turbados. Felices porque os habíamos descubierto. Turbados porque no sabíamos cómo hacer para satisfacer la pasión que nos acababa de nacer.

